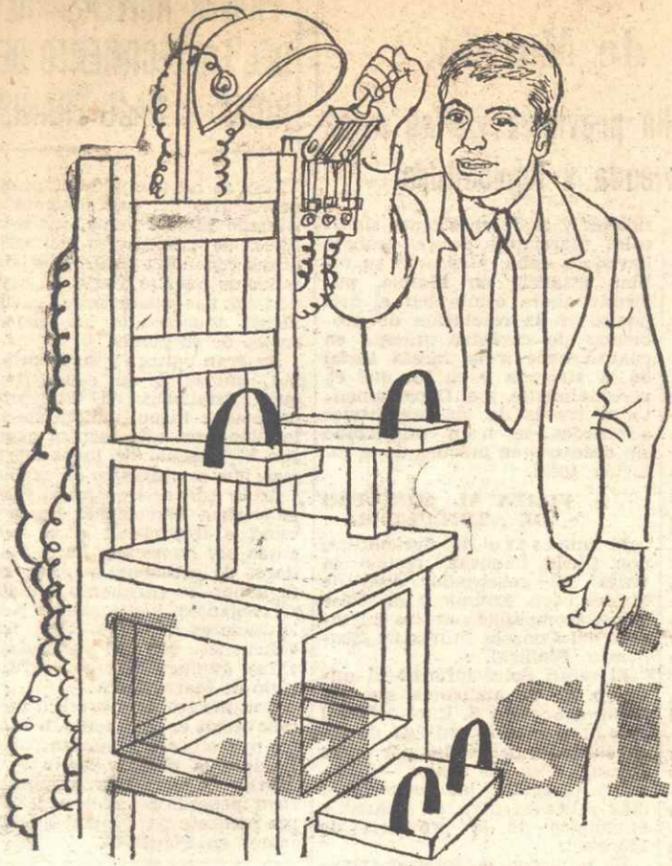


ANTONIO se sienta en



La silla eléctrica

Una sección de **TICO MEDINA**

CALLE de Coslada. Una vía a media luz. Buenos coches allá donde da la vuelta al españolísimo paje de la Trinidad. El estudio de Antonio tiene encendidos todos los círculos de sus anchas ventanas ojivales.

Un Seat negro 1400. Uno deportivo en rojo violento. Puerta española de cuarterones. Un criado con chaqueta gris y trabilla azul. Hierros, viejas maderas, arcones, mosaicos, faroles y esos dos gallos de sogá de Marbella.

Se respira el buen gusto, el estilo exquisito del dueño de la casa. Un telefonazo. Baja el secretario del bailarín. Marino Gómez Santos, que tan bien retrató literariamente al artista, ha mediado en esta "silla eléctrica". Antonio la espera. Ha salido de algún sitio envuelto en su poncho azul con pompones rojos, con su abierta sonrisa en abanico.

Antonio es hombre diplomático.

Le rodean sus perros. Calefacción infrarroja. Subimos a lo que el bailarín llama "su oficina". Tapices, retratos, un retablo impresionante, luces indirectas, colección de almireces...

Antonio se sienta en un sillón español frailandino. Abre sus grandes ojos de gitano de Julio Romero.

—Se le acusa de ser un bailarín que da más importancia al cerebro que al corazón.

—Para bailar y para crear un ballet hay que tener cerebro. El corazón lo utilizo para mis interpretaciones personales.

Retrato de Juan Antonio Morales. En él el bailarín está de pie, con su perra favorita junto a sí. La misma perra que, por lo visto, le llevó hasta el banquillo de los acusados en Zaragoza.

—Se le acusa de tener muy mal carácter con su ballet.

—¿Ah, sí? Nunca me lo habían hecho notar los bailarines.

Antonio habla pronunciando muy bien, haciendo rebrillar las eses y encendiendo y apagando las violentas luces de sus ojos.

—Se le acusa de no reconocer en Escudero a un maestro del baile español.

Se mueve en la habitación, taconeando a veces con suavidad sobre la alfombra. Sin mirarme responde:

—Escudero llenó una época.

—Se le acusa de ser demasiado gimnasta.

Levanta la cabeza. Antonio está ya en la frontera de los cuarenta años.

—Nunca pretendí superar a Blume.

—Se le acusa de haber dejado ir a Rosario.

Se sienta en el sillón otra vez. Los flecos del poncho rebasan sus pantalones estrechos. Antonio abre las manos.

—Ella se marchó.

Un solideo blanco, como un pájaro delicado, dentro de un fanal de cristal. Perteneció al Papa Pío XII. Está bajo el admirable retablo que preside la habitación.

—Se le acusa de ser terriblemente vanidoso.

Recoge de la mesa un cortaplumas de plata. Mira directamente un bloc de pastas de piel negra, en la que se lee: "Antonio." Luego dispara:

—Usted no me conoce suficientemente.

Sonríe para disipar la tensión. Los lomos de una colección completa de "Blanco y Negro" asisten a la entrevista desde la biblioteca.

—Se le acusa de hablar demasiado de sí mismo.

—Hablo únicamente cuando ustedes me preguntan.

Siete álbumes gigantescos, que reúnen material publicado, fotografías y recortes de su larga y brillante carrera artística. Les da luz una gran pantalla de pergamino, que da sombra a la gitanísima pared de los almireces.

—Se le acusa de usar chapas en los zapatos para bailar.

Golpea el suelo con los tacones. Los levanta un segundo. Brilla el oro de su sortija en el dedo pequeño de su mano derecha.

—Esa es la sensación que puede dar cuando ballo. Pero mi colección de zapatos están a su disposición para ser examinados.

Salimos de la oficina. En el probador está la zapatería. Botas y botines, zapatillas de ballet. Se encienden las luces, que dan vida a las lunas de los espejos. "No tienen trampa."

Volvemos por el pasillo alfombrado a la oficina. Un cuadro de Capuleti como una delicada tabla italiana. Colección de llaves. Macetas.

—Se le acusa de coleccionar perros.

—¿Ah! ¿Pero ésa es una acusación? Tengo solamente dos.

Sin embargo, yo he contado tres, si es que se tiene en cuenta ese tercer perrito que jugaba allá abajo en el "hall" junto a la fenomenal pata del elefante que Antonio ha convertido en paraguero.

—Se le acusa de ser poco generoso.

Antonio me coge del brazo. Esta silla tiene algo especial. Tal vez el tono insinuante en que está hecha. Quizá la media voz en que han sido disparadas las preguntas y amasadas las respuestas. Antonio ha dejado muy pocas veces la sonrisa. Hemos hecho poco menos que una cuestión de gabinete de nuestra charla de esta noche. Nos hemos vapuleado graciosamente, sin dejar a un lado el buen humor, sin perder el tipo.

—¿Cómo decía?

—Se le acusa de ser poco generoso.

—Con usted creo que lo he sido.

Y lo reconozco. Antonio ha permitido la "silla eléctrica", que



bien es verdad que no es sección para todo el mundo. En la "silla" se sientan sólo los inteligentes y los rápidos, los valientes y los de buena plata. Los listos, no. Las razones son fáciles de imaginar. Hay preguntas que escuecen y otras que levantan ampollas. Sin embargo, yo siempre me apresuro a comunicar a mis "electrocutados" que las acusaciones no son mías, sino recogidas de la calle, reunidas sobre los veladores de los cafés, en las tertulias... Aunque la frase sea un poco demagoga y suene a viejos tiempos, es "la voz del pueblo" la que acusa. Y el periodista es, sencillamente, en este caso, el vehículo.

—Antonio, se le acusa de soltero.

Sonríe. Dos retratos de Heddy Lamar, con dedicatoria y marco de plata. Otro de una inglesita dulce, con ojos soñadores.

—No todo el mundo puede decir lo mismo.

—Se le acusa de buscar y cultivar amistades tituladas.

—No me negará que hay marquesas, duquesas y condesas que merecen la pena.

En el cuarto de Antonio, en el de los espejos, hay un juego de tocador de plata y dos grandes botes de agua de colonia. Junto al probador, la habitación íntima del camerino. Cuadros de Meville, de Mingote, de la duquesa de Alba, de La Chunga, de Cocteau. Una colección de dibujos a pluma del pintor de los arcángeles: Gregorio Prieto. Cojines de colores.

—Se le acusa de querer arrancar las páginas de la historia del baile español hasta la posguerra.

Piensa un segundo el bailarín. Sus cejas se arquean.

—Algunas de esas páginas que usted dice las tengo enmarcadas y hasta con dedicatoria.

—Se le acusa de ser más agradable con los periodistas ingleses, americanos y franceses que con los periodistas españoles.

Antonio me pone una mano sobre el hombro.

—Y a usted le acuso yo de ser rencoroso. Yo no era quien invitaba.

Todo tiene su historia. Hace algún tiempo, Antonio dió una fiesta a los Windsor en su estudio, aquí, en la calle Coslada. No se permitió la entrada ni a un solo periodista, aunque yo pasé, nadie sabe por qué extrañas razones. El sufrimiento me acompañó —palabra de honor— a lo largo de toda la fiesta. Mis compañeros —y llevaban más razón que un santo— tiritaban de indignación a la puerta del teatro. Hoy, esta noche, la acusación ha cristalizado, aun cuando yo estuviera dentro.

—Se le acusa de ser un pésimo actor de cine.

Un Niño Jesús frente a nosotros. Está cargado de collares y medallas. Antonio me mira friamente.

—No es mi carrera... ¿Y qué voy a hacer yo si me contratan?

—Se le acusa de histérico.

En la pared hay también una estupenda colección de navajas. Todas enseñan centelleante dentadura. Antonio detiene la vista un momento en este ángulo de la habitación.

Muy tranquilo, responde, con las manos crispadas suavemente en los brazos de la silla.

—No encuentro los motivos para serlo.

- ★ Se le acusa de tener muy mal carácter
- ★ Se le acusa de no reconocer en Escudero a un maestro
- ★ Se le acusa de haber dejado ir a Rosario
- ★ Se le acusa de ser terriblemente vanidoso
- ★ Se le acusa de soltero
- ★ Se le acusa de tener complejo de inferioridad...

—Se le acusa de extravagante en el vestir.

Antonio abre su sonrisa fría otra vez. Derrama sus palabras. Su respuesta es legal. Hay quien se defiende atacando. Lícito.

—Eso son apreciaciones personales. A usted le he visto yo con un abrigo de capuchita.

—¡Tiempos aquellos, Antonio! Era un tres cuartos. Ahora, en cambio, voy vestido con frecuencia de quesero de la Mancha, o de chófer de camiones de la ruta de la merluza.

Antonio me acompaña hasta la puerta. Hemos visto el fenomenal teatro. Candelabros de plata, fotos de Gyenes, tapices y muebles españoles. Focos y luces. Cerámicas y santos. Una maravilla. Cuando voy a despedirme, aprovecho la última bala.

—Antonio, también se le acusa de tener complejo de inferioridad.

Mira cara a cara. Hombro con hombro.

—Entre usted y yo hay poca diferencia de estatura.

Algo así tiene que ser una conferencia diplomática. Buenos tapices, gruesas alfombras, sonrisas siempre y gatos negros en la barra. Balconcillos con flores y sombrías habitaciones interiores. Antonio estuvo colosal.

(Fotos de Torremocha.)